

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

Fausta Gantús

“En la práctica. El clasismo no se ve, aunque se dibuje  
(Ciudad de México, 1883-1896)”

p. 113-163

*Caricatura e historia*

*Reflexión teórica y propuesta metodológica*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2023

176 p.

Figuras

(Históricas Comunicación Pública 10)

ISBN 978-607-30-8379-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de diciembre de 2024

Disponible en:

<https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/811/caricatura-historia.html>

D. R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## IV

**EN LA PRÁCTICA. EL CLASISMO NO SE VE,  
AUNQUE SE DIBUJE (CIUDAD DE MÉXICO, 1883-1896)<sup>12</sup>**

A lo largo de las páginas de este libro he procurado reflexionar en términos teóricos y metodológicos sobre la caricatura y he aventurado una propuesta de clasificación. En este capítulo me daré a la tarea de poner en práctica buena parte de lo asentado y mostraré la potencialidad de esta fuente en un ejercicio de análisis histórico. Si bien, en las páginas anteriores he dado mayor énfasis a la caricatura política, cabe señalar que gran parte de lo mencionado sirve también para otros tipos de caricaturas y enfoques históricos: social y cultural, sin duda. Es también pertinente puntualizar que una fuente no es exclusiva de un tema o para un tema. Además, una fuente no tiene una lectura única; se puede reflexionar sobre ella y a partir de ella desde diversas perspectivas analíticas y siempre son posibles interpretaciones varias. Es necesario recordar que una fuente no habla por sí misma, lo que hace es provocar preguntas en quien la estudia y nuestro trabajo es obtener de ellas las respuestas a esas interrogantes que le planteamos.

Es, en cierta forma, un proceso circular: encontramos un documento, en este caso una caricatura, observamos con atención y la fuente nos interpela. No desesperen, la reacción no es necesariamente inmediata, a veces hay que mirar por largo tiempo hasta que empezamos a ver. Lentamente o de forma acelerada, dependiendo de lo críptico que nos resulte la imagen, lo que estribará en nuestro conocimiento del momento, personajes y asuntos, las ideas empiezan a dar vueltas en la cabeza y van surgiendo las preguntas. Algunas respuestas serán sencillas pero una buena parte de ellas nos obligará a realizar pesquisas varias para ser capaces de responderlas. Así, de a poco, con paciencia, podremos ir jalando los hilos del pasado para tejer la trama de nuestra historia, de la historia que queremos contar.

Una advertencia, ese “queremos” lo uso en el sentido del deseo, de la intención de conocimiento, no en el de una posición premeditada que busque forzar para hacer decir.

Así, para abrir el abanico y mostrar que el uso de la sátira visual como fuente es válido para contar diversas historias presento aquí, a manera de mosaico, una propuesta que se extiende más allá de lo político y abarca las miradas de la historia social, principalmente, pero también la de la historia cultural. Para sostener mi punto respecto al uso múltiple de una misma fuente, en la exposición que hago a continuación en algunos casos recupero imágenes y reflexiones planteadas hace ya algunos años en un análisis sobre la “cuestión social” en la caricatura, pero redimensionadas y reorientadas aquí al tema del clasismo y complementadas con otras imágenes y otras reflexiones. Lo más relevante de este capítulo es lograr mostrar y demostrar la importancia de la caricatura como fuente para la historia, y que sea esta una especie de invitación a escribir historia recurriendo a la imagen satírica.

#### ¿TOMA DE CONCIENCIA O DEDO FLAMÍGERO?

“Teatro público” es una imagen que formaba parte de una serie titulada “Diversiones públicas” que apareció en *La Patria Ilustrada*, el 17 de agosto de 1885. Es difícil afirmar que se trata de una caricatura, aunque sin duda esa era la pretensión, o al menos eso parece. Lo que vemos es una escena conformada por dos partes que cuenta dos situaciones que ocurren simultáneamente (véase figura 14).

En primer plano se pinta a un conjunto de personas integrado por tres niñas de diferentes edades, una mujer adulta y enferma, como lo sugiere el pañuelo atado en la cabeza con el que sostiene la mandíbula, muy probablemente padece dolor de muelas, y una anciana enjuta, detrás de la cual se adivina un hombre que suponemos mayor porque de él sólo alcanzamos a ver el sombrero y un brazo que se extiende sosteniendo un jarro que pide sea llenado con las sobras de la “Fonda [...]”, como lo hacen también las mujeres y niñas. El semblante de la anciana exhibe el temor que le provoca no alcanzar las migajas



Figura 14. "Teatro público. Serie: Diversiones públicas", *La Patria Ilustrada*, México, 17 de agosto de 1885

que les obsequian para llenar la vasija que con avidez sostiene entre sus manos. Se trata de gente de muy escasos recursos, de pobres en estado de miseria como lo dejan ver los pies descalzos y la ropa en harapos. Viven, o más bien, sobreviven gracias a la caridad de algunos particulares o del Estado. Los cuerpos delgados acusan hambre en tanto los rostros traslucen angustia. La necesidad es evidente.

En segundo plano se pinta a dos hombres –aunque puede tratarse de uno sólo en dos momentos–, al parecer de la clase

trabajadora, el primero, de espaldas a quien observa, se encuentra al interior de una casa de empeño donde, podemos imaginar, está dejando sus prendas a cambio de unos pesos. El hombre está encorvado sobre el mostrador y con la cabeza inclinada, se trata de un individuo alcoholizado dispuesto a dejar lo que posee para conseguir dinero a fin de continuar la farra. El segundo hombre –o el mismo inmediatamente después– camina por la acera tambaleándose, para no caer va apoyándose en la pared, no está enfermo, lo que sucede es que se encuentra en estado de ebriedad y se dirige a una cantina o un prostíbulo; el lugar no tiene nombre que lo identifique, pero queda claro por el tipo de puertas y porque entre ellas asoma una mujer con gesto sonriente y hombros descubiertos, que podemos suponer de la vida galante.

La caricatura constituye una crítica despiadada a las clases baja y menesterosa. El mensaje parece bastante claro: los obreros y artesanos gastan su dinero en vicios como el alcohol y en prostitutas mientras dejan a sus familias en el abandono y los pobres en estado de miseria, antes que trabajar, se conforman con la caridad para subsistir. Las escenas que se pintan contrapuestas a los títulos de la imagen y de la serie, explota de forma descarnada la ironía: el “teatro público” es el espectáculo miserable y degradante que ofrecen las clases populares y menesterosas. Esas lamentables “diversiones públicas” despiertan el menosprecio, cuando no franco desprecio, de las clases medias, altas y de la “aristocracia”.

Las miradas de quien dibuja y del periódico que lo publica son profunda y absolutamente clasistas, aunque es probable que quienes los realizaban –en su mayoría los impresos decimonónicos eran producidos por hombres, aunque no exclusivamente y hacia el final de la centuria la presencia de mujeres en el periodismo se hizo patente– ni siquiera se apercebieran de la forma brutal con la que mostraban su pertenencia a una determinada clase social, que estaba, evidentemente, muy por encima de las clases menos favorecidas: “las inferiores, las ínfimas, las últimas”; así como de la distancia que imponían entre el sector al que pertenecían y los otros sectores, y la supuesta altura moral desde la que juzgaban a sus integrantes. Porque

eso son, en resumidas cuentas, ésta y otros cientos de imágenes más o menos similares que fueron producidas en la época: juicios y veredictos en los que se calificaba y condenaba la pobreza y sus manifestaciones en el espacio público ciudadano.

A primera vista pareciera que la imagen satírica exalta la caridad, pero ¿en realidad es así? Opino que no. Para quienes redactaban el impreso no sería la beneficencia del sector privado la que solucionaría de fondo el problema de la pobreza y la mendicidad, porque mientras en las puertas traseras de una fonda se regalaban a mujeres, infantes, ancianas y ancianos los desperdicios de los alimentos del día, los hombres continuaban gastando el dinero del jornal en alcohol o empeñando lo poco que poseían para consumir pulque o irse con alguna suripanta. Así que la crítica es doble. Por un lado, se cuestionaba la aplicación de una caridad cómoda que no implicaba mayor compromiso que el desprendimiento mínimo de aquello que sobraba y, por el otro lado, se establecía una relación entre caridad y proliferación del vicio y de malos hábitos entre las clases populares.

De acuerdo con esta y otras imágenes, no sería a través de la asistencia pública, la beneficencia o la caridad como los problemas de las clases populares iban a ser extirpados de la sociedad. Por el contrario, predominaba la idea de que con tales medidas sólo se alentaba la expansión de la vagancia, el alcoholismo y la mendicidad. Pero, también hay que decirlo, la caricatura formaba parte de un conjunto en el que se criticaba a los políticos y a los hombres en el poder acusándolos de interesarse sólo en sus ambiciones personales, de ocuparse de sus negocios propios sin atender las necesidades de aquellos sectores de la población a los que había que educar y requerían ser “moralizados”.

Vale la pena preguntarnos si a quienes producían estos periódicos ¿les importaban las y los pobres o lo que les preocupaba era su visibilidad? ¿Era un llamado a tomar conciencia del problema de la cuestión social para tratar de resolverlo o se trataba sólo del dedo acusador con el que se señalaba y se desaprobaba? ¿Se perseguía solucionar la desigualdad social o sólo se quería desterrar a las y los miserables de las calles céntricas de la ciudad y relegarlos a los márgenes?

Si bien resulta difícil de sostener podemos aventurar que más que comprensión había acusación en esas imágenes. La mirada clasista se impone y con ella la incapacidad de empatía, la convicción de algo similar a esa cuestionable idea de que “los pobres son pobres porque quieren”. Lo que se trasluce es el desprecio: “Las mujeres, lo mismo que los hombres de esa clase ínfima son ignorantísimas, incapaces de enseñar la religión, ni prácticamente, ni en los términos más elementales. No creemos necesario demostrar esto, porque está a los ojos de todos”, se señalaba el 3 de septiembre de 1897 en un artículo anónimo en las páginas de *La Voz de México*.

#### LAS CLASES POPULARES Y MENESTEROSAS IRRUMPEN EN LA CARICATURA

Los impresos periódicos fueron, durante la segunda mitad del siglo XIX, el espacio en que se incluyeron representaciones visuales satíricas, principalmente con tema político, pero también algunas que trataban otros asuntos de orden social y en las que se mostró, sin ser esa la pretensión, el clasismo de los integrantes de las élites y de los grupos que detentaban el poder. En la década de 1880 destacó en la caricatura de la prensa de la ciudad de México la presencia de las clases populares y menesterosas y el tratamiento de algunos de los problemas que caracterizaban a la emergente cuestión social.

Cabe apuntar que el término elite, no formaba parte del vocabulario de época, en su lugar predominaba el de aristocracia para referirse a los estratos que por su poder económico se situaban en la punta de la pirámide social. Las consideraciones, visuales o escritas, respecto a la “aristocracia mexicana” eran diversas y hasta profundamente contrapuestas, había impresos que las consideraban positivas y otras francamente negativas. Algunos más ponían en duda su existencia y otros de plano la negaban. Había, sin embargo, cierto consenso en que una aristocracia de sangre era prácticamente imposible en México, pero sí, en cambio, la había “del dinero”, apuntaba el 13 de septiembre de 1883 *La Libertad*. Aunque aún respecto de este

punto no faltó quien sostuviera que en México tampoco había tan grandes fortunas que ameritaran el calificativo.

En general, los términos para definir a las clases que integraban la sociedad eran: alta, acomodada, media, popular y menesterosa. También solían utilizarse los conceptos de: clases superiores, elevadas, inferiores, ínfimas, última y pueblo bajo. Se encuentran igualmente referencias a las clases favorecidas en contraposición de las útiles, integradas éstas a su vez por las clases que se definían por oficios o labores: clases trabajadora y obrera, pero también militar o agricultora, entre otras. Conceptos como los anotados podemos ubicarlos en periódicos como *El Sufragio Libre* (12 de febrero de 1880) o *El Siglo Diez y Nueve* (6 de marzo de 1880).

Actores y situaciones de la vida cotidiana cobraron mayor relevancia en el universo de intereses que preocupaban a la caricatura, ocupando parte del espacio que hasta entonces se había dedicado, casi exclusivamente, al tratamiento de asuntos políticos. En efecto, en algunos periódicos el tema político que había dominado en las décadas anteriores –en particular en lo referente a la lucha partidista y la crítica al poder ejecutivo federal– perdió centralidad y el foco de atención se desplazó hacia el tratamiento de los temas y problemas sociales. Así, a partir de 1883, en al menos dos periódicos capitalinos, *La Patria Ilustrada* y *La Época Ilustrada*, en los cuales centro mi estudio, las cuestiones políticas y las sociales compartieron el espacio de la caricatura.

El fin de las luchas partidistas y la relativa, pero suficiente, estabilidad del gobierno encabezado por Porfirio Díaz y sus correligionarios, el avance de los procesos de industrialización y urbanización así como los nuevos mecanismos legales y extralegales de censura sobre la prensa convergieron para hacer visible, en los dos periódicos apuntados, los problemas de las clases populares y menesterosas en el espacio de la imagen satírica. Considero que en esta etapa la caricatura construyó un discurso visual respecto de los efectos sociales de las políticas modernizadoras y capitalistas, pero, al mismo tiempo, exhibió posicionamientos y prejuicios de clase.

El inicio de la publicación en 1883 de los semanarios *La Época Ilustrada* (1883 a 1885) y *La Patria Ilustrada* (1883 a 1896), marcó la irrupción de la cuestión social como tema de la caricatura política. A través de ella se hizo patente también el clasismo que privaba en la época. Cuestión social y clasismo adquirieron centralidad y se tornaron en preocupaciones cotidianas de la prensa regular con caricaturas. Si bien con anterioridad algunos periódicos se valieron de caricaturas de tipo social, como es el caso de *El Gallo Pitagórico*, cabe señalar que atendían a temas como los vicios, la moral, la vida amorosa, pero no se preocupaban por los temas de la cuestión social, los cuales están relacionados con los problemas que se desprenden del desarrollo económico industrial en las urbes. Aunque Juan Suriano propone que para el caso argentino los problemas de género y los vinculados a la cuestión indígena deberían ser incluidos a la hora de abordar la cuestión social, en lo que toca a la caricatura mexicana de los periódicos aquí estudiados no he encontrado una clara inclusión de esas problemáticas. También los he seleccionado porque constituyen casos representativos de la relevancia que adquirió el tema en las últimas décadas del siglo XIX. Ambos semanarios se editaron en la ciudad de México, sitio en el que los efectos de la industrialización y el capitalismo, así como los contrastes de la urbanización y de los proyectos modernizadores eran más patentes que en ningún otro lugar de la República.

Temas como la pobreza, que traía aperejados los de la delincuencia y el alcoholismo, ocuparon muchas páginas de ambas publicaciones y, por supuesto, fue inevitable que abordaran lo relativo a la desigualdad social. Como toda selección, la de las caricaturas incluidas aquí para nuestro análisis es arbitraria, pero no gratuita; las elegí por considerar que ilustran adecuadamente los tópicos que dominaban en el ambiente y en las páginas de los semanarios. Cabe señalar que una parte importante del material gráfico de ambas publicaciones está firmado por el dibujante José María Villasana, aliado de Porfirio Díaz desde la época de *El Ahuizote* (1874-1876). Este agudo caricaturista incursionó en la sátira o crítica social desde las páginas de *México y sus costumbres* en 1872 y posteriormente

lo haría desde las de *México Gráfico* en 1888. Pese a que lo social no fue en ningún caso un asunto prioritario de *El Ahuizote*, aquel semanario político de feroz oposición al gobierno del presidente Sebastián Lerdo de Tejada, lo cierto es que la mirada de Villasana en torno a los problemas sociales afloró en un par de imágenes, en las que hizo evidente la situación de miseria de la población, así como el alcoholismo y la violencia callejera, aunque esos asuntos aparecían supeditados a las cuestiones políticas.

*La Época Ilustrada*, una especie de complemento cultural del diario *La Época*, fue un impreso con una fuerte tendencia de adhesión o filiación gubernamental que publicó caricaturas políticas con un tono prudente, y estuvo bajo la dirección de Villasana. *La Patria Ilustrada*, por su parte, fue un semanario identificado con el oficialismo, también constituía una especie de complemento cultural del diario *La Patria*, fundado en 1877. Ambos impresos eran dirigidos por Ireneo Paz, liberal y republicano, que fue uno de los periodistas más reconocidos durante toda la segunda mitad del siglo XIX. Apoyó la revolución de Tuxtepec en 1876 y fue colaborador de Porfirio Díaz, a cuyo régimen se mantuvo adicto. Ocupó diversos cargos. La mayor parte de las caricaturas de *La Patria Ilustrada* carecían de firma, sin embargo, es posible que durante algún tiempo el autor haya sido Alejandro Casarín, quien, en opinión de Esther Acevedo, se dibuja a sí mismo en una caricatura publicada en el semanario; también cabe la posibilidad de que haya colaborado en el periódico José María Villasana. Alrededor de 1887 José Guadalupe Posada se uniría al equipo de sus redactores.

Un cierto sello gobiernista aflora en las caricaturas de ambos impresos ilustrados, en las que además de cuestiones sociales se abordaban temas de la vida política, cuya crítica se orientaba a las actuaciones de diversos funcionarios y sólo en muy contadas ocasiones se aludía a la figura presidencial – cuando se le incluía era con un tono respetuoso, presentando al presidente con aspecto natural y sin señalarle ningún tipo de responsabilidad o injerencia en la situación que se escenificaba-. En ambas publicaciones además de temas de la vida política se trataron también

los relacionados con las cuestiones sociales, en los que dejaron traslucir la mirada clasista de quienes los abordaban.

¿Qué nos pueden decir las caricaturas de la prensa periódica de las y los protagonistas, individuales y colectivos, de los conjuntos sociales de un determinado momento? Las caricaturas permiten descubrir ideas compartidas –dominantes o minoritarias–, respecto de las personas y sus comportamientos, valores –éticos y morales–, y también prejuicios. Dan idea de las celebraciones, conmemoraciones –cívicas y religiosas–, diversiones –privadas y públicas–; la participación social en la política: reuniones, mítines, protestas; las afectaciones por fenómenos naturales y por los procesos de urbanización y un largo etcétera. Permiten ver usos y costumbres, modas, hábitos higiénicos, enfermedades, vicios, temores. Nos ayudan a entender cómo estaba organizada la sociedad, las visiones de grupos (de unos respecto de los otros), las cuestiones de clase, los estereotipos, las condiciones sociales, económicas y culturales que prevalecían; posibilitan visibilizar los discursos elaborados desde la oficialidad y desde la oposición con respecto a las situaciones imperantes, y revelan también las aspiraciones colectivas. Las caricaturas de las últimas décadas de la centuria decimonónica mostraron muy claramente las posiciones de los periódicos con respecto a las y los protagonistas sociales.

La caricatura se constituyó en un canal para poner en locución tópicos centrales como el tema de la cuestión social mediante la exhibición de la situación imperante, aunque matizada por la impronta del discurso hegemónico y la mirada de clase. En el caso de la prensa oficialista, esta capacidad de hacer visible las condiciones de vida de las clases menos favorecidas encerró ambigüedades. A través de la caricatura se hicieron presentes problemas como la embriaguez o la falta de higiene de las clases populares en clara sintonía con las preocupaciones de las elites, quienes percibían la falta de moral y de “buenas costumbres” de estos sectores como variables que obstruían la marcha del progreso y la modernidad, particularmente en una ciudad que pretendía instaurarse como la vidriera de la prosperidad y la civilidad. En este sentido, la sátira visual registró las condiciones de vida y de trabajo de gran

parte del pueblo mexicano, pero no ahondó en las causas de la miseria ni cuestionó realmente el papel del Estado; básicamente las imágenes se constituyeron en expresión de aquello que las elites gobernantes, económicas, políticas e intelectuales, y aún habría que anotar religiosas, consideraban que era necesario erradicar o, al menos, modificar.

Al dejar al descubierto las condiciones en las que vivía gran parte de la población citadina, la caricatura, en tanto se constituyó en un elemento de crítica, promovió una progresiva visibilidad de los problemas y situaciones que esas otras y esos otros padecían. De esta manera, se convirtió en una de las formas más directas y gráficas de dejar al descubierto y hacer patentes las consecuencias de la industrialización y la creciente urbanización. Podemos decir que logró exponer con una enorme fuerza, y probablemente más allá de las intenciones de sus dibujantes, los debates característicos que marcaron las preocupaciones dominantes en el espacio público.

#### EL CLASISMO NO SE NOMBRA

“Clasismo”, así como elitismo, racismo o discriminación –conceptos tan caros a los siglos XX y XXI– son términos que no formaban parte del vocabulario común del pensamiento político decimonónico, al menos no de la prensa que era el principal medio de expresión pública de la época. Cuando aparecen es con un significado muy diferente al que tendrían en la siguiente centuria. Para ilustrarlo diré que, en una búsqueda rápida realizada en la base digital de la Hemeroteca Nacional de la Universidad Nacional Autónoma de México, el término clasismo aparece sólo una vez entre 1850 y 1900, en la edición del 17 de agosto de 1889 de *El Siglo Diez y Nueve*, en una carta pública de Justo Sierra y su uso estaba referido a cuestiones de estilo literario en sentido positivo. “Racismo”, aparece sólo dos veces en 50 años, la primera en 1894 (6 de junio) en el periódico *El Universal*, en un texto en que critica a su colega *El Monitor Republicano*. Y ya con el sentido moderno se utiliza en 1900 en *El Correo Español* (26 y 27 octubre) en relación con la situación de Cuba por la división entre negros y blancos.

El concepto que sí se utilizaba era, en cambio, el de “cuestión social”. Desde la perspectiva de los estudios de las ciencias sociales, el término refiere a los diversos problemas que, entre los asalariados y los trabajadores en general, surgieron como consecuencia de los asuntos laborales, de los efectos del proceso de industrialización y de las necesidades de vivienda y servicios urbanos.<sup>13</sup> También tiene que ver con las nuevas formas de organización para la defensa de derechos y las estrategias de lucha como las huelgas y las manifestaciones en el espacio público, así como con posiciones ideológicas, incluidas las ideas consideradas extremistas. Pero la cuestión social no se restringe a los asuntos laborales, tiene que ver también con las políticas gubernamentales respecto a la pobreza, la marginación, las desigualdades sociales y el mantenimiento del orden público y con aspectos como la atención médica y la salubridad. En este contexto, cabe señalar que esos fueron algunos de los problemas que en los años que aquí estudio acapararon la atención de funcionarios del Estado, médicos higienistas, periodistas, intelectuales, filántropos y miembros de la Iglesia católica.

Procuró acercarme al uso y sentido contemporáneos que daban al término “cuestión social”, el cual puede rastrearse en la literatura de la época, especialmente en los periódicos oficialistas dedicados al mundo laboral, como *La Convención Radical Obrera*. En la década de los cincuenta empezó a perfilarse un sentido más claramente ligado al aspecto laboral, así un grupo de artesanos se dirigía al Congreso de la Unión solicitándole la protección para el trabajo de los nacionales definiéndole como un tema de la cuestión social. Para 1860 se vislumbraba la inminente transformación de la sociedad basada en el empuje de la cuestión social, que significaba la presencia cada vez más importante del proletariado, como fuerza promotora del cambio y la democratización de las costumbres, pero también generaba el temor de que las masas se corrompieran. La necesidad de cambios en el sistema económico por parte de quienes poseían las riquezas era estimada como la forma de hacer justicia al mundo obrero y mantener el equilibrio en la cuestión social.

Ahora bien, en términos del uso y sentido que se daba al término, hay que incluir también el problema de la mendici-

dad y su erradicación, el combate a la vagancia, a vicios como el alcoholismo y a la delincuencia que eran preocupaciones que se consideraban inherentes a la cuestión social y que aparecen planteadas en la prensa desde 1842, como en *El Cosmopolita* del 15 de enero. La necesidad de cambios en el sistema económico por parte de quienes poseían las riquezas era estimada como la forma de hacer justicia al mundo del trabajo y mantener el equilibrio social. En lo que respecta a las regulaciones legales se consideraba que un asunto prioritario era “el fomento del trabajo y el desarrollo de la industria del país”, como lo expresaba el *Boletín Comercial de México* (25 de abril de 1879); para otros, como *El Colaborador Católico* (8 de febrero de 1885) o *El Asilo de Mendigos* (31 de marzo de 1889) también formaba parte del asunto la enseñanza católica o los efectos de la beneficencia. En síntesis, las posibilidades de acceso de los sectores populares a un trabajo digno y adecuadamente remunerado –en íntima relación con el papel que jugaba el capital–, los derechos del proletariado y la capacidad de sus integrantes de satisfacer sus necesidades básicas eran asuntos estimados como constitutivos de la cuestión social.<sup>14</sup>

En consonancia con estas ideas, considero que el tratamiento y análisis desde la caricatura revela también los enfoques respecto de la llamada cuestión social de un sector importante de las elites porfiristas. En efecto, los discursos visuales de las caricaturas de *La Época Ilustrada* y *La Patria Ilustrada* descubren como temas centrales las inquietudes relacionadas con la delincuencia, particularmente el robo; los vicios, en especial el alcoholismo; la preocupante presencia, cada vez en mayor número, de las clases populares en las calles; la pobreza, estrechamente vinculada a la condición moral de estos sectores, y, por supuesto, las múltiples instancias en que la desigualdad social se hacía patente en la cotidianeidad (véase figuras 14, 20, 21, 22 y 23). También aparece, aunque con menor frecuencia, la preocupación por la falta de higiene y de educación del pueblo, así como por la circulación de ideologías contestatarias, como el anarquismo (véase figuras 30 y 33).

La percepción de estos problemas sociales, que despertaban el interés de redactores y dibujantes de *La Época Ilustrada*

y de *La Patria Ilustrada*, se encontraba estrechamente vinculada con la mirada e interpretación que las elites hacían respecto de las condiciones de pobreza y marginación en las que vivían las clases menos favorecidas. Esto es, una mirada clasista, de la cual, cabe señalar sin pretensión de disculpar, quizá no eran conscientes; una mirada clasista, ausente de autocrítica, sin alusiones a la responsabilidad del Estado –salvo algunas vinculaciones con el gobierno municipal–, sin referencias a las relaciones económicas de explotación y carente de propuestas de solución. A pesar de esto, aunque con las limitaciones propias del género, la caricatura constituyó una mirada importante porque otorgó amplia visibilidad a las clases menos pudientes y a sus problemas.

#### DE LA REALIDAD IDEALIZADA A LA ACTITUD DESENCANTADA

Las caricaturas sociales de los semanarios *La Época Ilustrada* y *La Patria Ilustrada* se ocuparon de plasmar temas vinculados con la vida de los sectores populares y estuvieron motivadas por asuntos relacionados con diversas dimensiones de la realidad en el marco de la preocupación social, los cuales eran captados por las distintas ideologías de la época, satirizados y criticados.

En efecto, algunos de los temas centrales de la cuestión social también eran comunes al costumbrismo, de forma que existían aspectos en que ambos estaban íntimamente imbricados.<sup>15</sup> Sin embargo, considero que en tanto el costumbrismo parece constituir una mirada en la que el narrador retrata o relata una realidad idealizada, la cuestión social, en cambio, sugiere una actitud desencantada que conduce a resaltar los defectos sociales que afectaban los ámbitos de convivencia de la esfera pública.

Para ejemplificar esta diferencia tomemos como referencia unas imágenes de *La Patria Ilustrada* en las que podemos observar el tratamiento del enfoque costumbrista y el propio de la cuestión social. El costumbrismo es patente en las secciones “Tipos mexicanos” y “Tipos nacionales” destinadas a representar a la gente y a los oficios característicos de diferentes zonas del país: hombres, mujeres, niñas y niños de diversos estratos sociales; vendedoras y vendedores callejeros ciudadanos; las per-



Figura 15. "La china" y "El mercillero", *La Patria Ilustrada*, México, 2 de febrero de 1885 y 6 de abril de 1885, respectivamente

sonas del campo y la recreación de diversiones populares (véase figura 15). Tanto el vendedor que ofrece sus productos – hilos, botones, agujas –, como la clienta que observa la mercancía en tanto decide si la adquirirá, o la mujer que caracteriza a la china poblana, visten correcta y pulcramente. Se nota que son personas con buena educación y buenos modales.

Se trata de litografías en las que se pretendía retratar al natural la realidad, pero en las que, en los hechos, se elaboraba lo que podríamos clasificar como una proyección de tipos ideales, acordes con la mirada modernizadora y las pretensiones progresistas: personas llenas de dignidad, pulcras, orgullosas de sus oficios o de su situación, que traslucen templanza, ecuanimidad y hasta buen ánimo. En esas imágenes, la pobreza se plasma en unos pies descalzos en ocasiones, en la ropa humilde, pero no se asocia con la carencia, el hambre, el aspecto descuidado, la falta de higiene o los vicios. Hay dignidad en las y los protagonistas, hay en todos ellos una sobriedad que los eleva por encima de las carencias.

Hasta “los muchachos callejeros jugando a las canicas”, imagen en la que se evoca una fotografía de Cruces y Campa, tienen ese sello (véase figura 16). Si bien la expresión “muchachos callejeros” no llega a ser despectiva, si hay en ella la intención de marcar una diferencia con otras formas, y podríamos decir, clases, de infancia. Y esa idea se reafirma si atendemos al hecho de que la fotografía en la que se inspiró se titulaba: “Pilluelos”. Los cuatro protagonistas, vendedores de periódicos y de otros productos, son niños-jóvenes apacibles, que aún conservan un aire de inocencia.

En contraparte, el mismo periódico en su sección de caricaturas publicaría una serie de imágenes que agruparía bajo el título de “Tipos reales”. Sin pretensión consciente de marcar diferencias conceptuales entre la costumbre y la crítica social, probablemente sin siquiera darse cuenta de que al mostrar los “tipos reales” se estaba evidenciando que en los otros casos se trataba de tipos ideales, en esa sección satírica las personas que habitaban la ciudad, desde vendedores o vendedoras ambulantes, trabajadoras y obreros hasta ladrones y turistas (inocentes víctimas de los defectos mexicanos), encontrarían su representación.

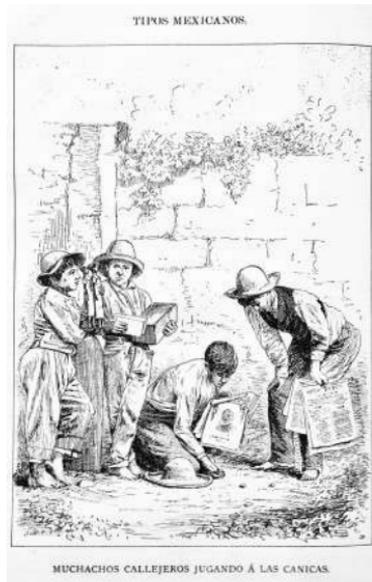


Figura 16. "Muchachos callejeros jugando a las canicas", *La Patria Ilustrada*, México, 16 de febrero de 1885

Centremos la observación en un ejemplo concreto. De la sección de los "tipos nacionales" seleccionamos una estampa en la que podemos observar a unos vendedores ambulantes de comida, los "Vendedores de cabeza", para confrontarla con la imagen de un personaje de caricatura, quien también se dedica al comercio de alimentos: el chicharronero (véase figura 17). En ambas representaciones los vendedores van descalzos, pero mientras en el primero el porte de los individuos es cuidado, las ropas que visten son limpias y nuevas, e impera la pulcritud tanto en los personajes como en el producto de su venta; en la segunda imagen el aspecto es de abandono, la ropa es vieja y raída, el producto de la venta está expuesto a la intemperie y un perro flaco aguarda junto a la comida por los desperdicios que caerán al suelo. La imagen produce en quien la mira una sensación general de rechazo por el desaseo que impera. Se confrontan así el tipo ideal y el tipo común, el costumbrismo y la crítica social, lo que se pretendía y lo que imperaba en la cotidianidad. Y se representaba con un toque que trasluce la mirada de clase.



Figura 17. "Vendedores de cabeza" y "El perro del chicharronero", *La Patria Ilustrada*, México, 5 de septiembre de 1885 y 10 de agosto de 1885, respectivamente

En efecto, pese a la imagen costumbrista que presentaba al velero, al panadero, al entulador, al escobero, a la tamalera, y demás oficios, con toda su carga de dignidad y hasta de belleza, varios periódicos, entre ellos *El Tiempo* (28 de septiembre de 1883), denunciaban la venta ambulante como "la verdadera y nueva plaga" social. En opinión de los integrantes de la prensa como *La Voz de España*, quienes se dedicaban a esa actividad proferían "dicterios", usaban "palabras soeces", importunaban a las y los transeúntes y provocaban "lances desagradables" (22 de noviembre de 1883). Invasión las calles céntricas "obstruyendo las banquetas e impidiendo el cómodo tránsito", pues junto con quienes les compraban, la "gente del pueblo", congestionaban las banquetas y "entre tanto los transeúntes se ven en el triste caso de tener que caminar por en medio de la calle". Además de todas las molestias que su presencia provocaba, lo más lamentable era que ese espectáculo resultaba vergonzante porque, apuntaba *El Noticioso* del 5 de abril de 1895, "los extranjeros [...] se formarán una idea muy pobre de nuestra cultura, porque desdice mucho el embellecimiento que debe cuidarse en toda capital de las naciones civilizadas".

En síntesis, a través de las imágenes, los periódicos evidenciaban las tensiones existentes entre dos discursos, dos visiones de la realidad, una que propendía a idealizar a la ciudad y a sus habitantes, otra que, crítica mediante, exacerbaba los aspectos negativos del acontecer social. Este mundo de contrastes asumió en la prensa periódica de la ciudad de México dos formas de representación distinta: por un lado, el retrato costumbrista sintetizaba los ideales y deseos de las elites porfiristas; por el otro, la caricatura, a través del humor y de la ironía, exponía los fenómenos propios de una ciudad que crecía vertiginosamente y que, en consecuencia, padecía la progresiva agudización de las contradicciones y desigualdades sociales.

#### LA "CUESTIÓN SOCIAL" TOMA POSICIÓN

1883 sería el año en que las clases populares obtendrían definitivamente un papel fundamental en la caricatura de la prensa periódica. A partir de entonces, la cuestión social sería definitivamente un asunto primordial del discurso visual y compartiría ese espacio con la crítica política. La caricatura que se produjo en México, desde su introducción y hasta mediar la década de 1880, fue principal, aunque no exclusivamente, de tipo político. Por lo general, en las caricaturas se pintaba al pueblo en su estrecha relación con la política, destacando particularmente el uso que se hacía de él por parte de los partidos y del gobierno en los procesos electorales. Desde la década de 1840, cuando empezó a adquirir relevancia como parte fundamental del periodismo satírico, en el carácter de la caricatura predominó el corte político. A lo largo de las décadas de 1860 y 1870, marcadas por las confrontaciones entre grupos, se consolidó el uso de las caricaturas en la prensa periódica, pues las imágenes se convirtieron en una estrategia cardinal en las luchas partidistas por el acceso al poder.

Entre 1876 y 1879 las confrontaciones entre partidos políticos ocuparon un lugar central en las caricaturas. 1876-1877 fue la etapa más álgida en la lucha que sostuvieron Porfirio Díaz, Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias en sus preten-

siones por acceder a la presidencia. En tanto, en 1879-1880 se vivió la confrontación entre quienes aspiraban a suceder a Díaz en la presidencia y la arena periodística fue una vez más el escenario de los enfrentamientos. Esta situación empezaría a modificarse tras el triunfo de Manuel González en 1880, cuando se logró la transición presidencial en un marco de relativa tranquilidad social y política, sin conflictos postelectorales; si bien la prensa electoral continuó jugando un papel central y recobraría fuerza en la siguiente década. A partir de 1882 la aparente estabilidad política influiría de forma determinante en la reducción de las publicaciones periódicas con caricaturas políticas; la política cedería ese espacio a los asuntos de orden social.

Propongo que en la década de 1880 se conjugaron tres factores que abrieron la puerta para que la cuestión social entrara de lleno a la caricatura política de la prensa periódica; y con su inclusión se acentuó la mirada clasista. En primer lugar, en el caso de la ciudad de México las consecuencias de los procesos de industrialización y urbanización empezaron a gravitar de manera decisiva en la vida pública. El signo más evidente fue el incremento en la población que radicaba en la ciudad. También las manifestaciones de descontento de las trabajadoras y los trabajadores de los distintos sectores laborales se empezaron a hacer más evidentes, así, por ejemplo, aumentaron el número de huelgas; incluso se evidenciaron problemas entre el artesanado y otros sectores como el de la panadería o con quienes se dedicaban a las ventas en calles y mercados. Otras manifestaciones de protesta, como las expresadas por el asunto de la deuda inglesa, la depreciación de la moneda de níquel o aún el antirreeleccionismo, expresaban del mismo modo las tensiones sociales. El gobierno trató de instrumentar diversas medidas que incluían, por un lado, el acuerdo con el sector empresarial y, por el otro, el control de las organizaciones artesanales y obreras para tratar de someter al mundo trabajador.

En segundo lugar, la instrumentación de mecanismos legales y extralegales de censura y represión habrían de determinar el distanciamiento de cierta parte de la prensa con la crítica política. En 1882 las añejas pretensiones gubernamentales de lograr una reforma constitucional respecto de la libertad de

prensa se concretaron con la modificación del artículo séptimo, que trasladó los delitos de imprenta al conocimiento de los tribunales del orden común y brindó a las autoridades un espacio de acción para influir en los representantes de la ley e imponerse al periodismo independiente. En el caso de la represión extralegal el partido en el poder instrumentó una política de mano dura basada en la intimidación y los ataques violentos en contra de personas de la prensa opositora, ataques enmascarados detrás de supuestos actos de delincuencia común. En tal sentido, a manera de hipótesis es posible suponer que, frente a los renovados mecanismos legales de censura, parte de la prensa independiente haya decidido dar un giro a la forma de efectuar la crítica política, al optar por incluir la caricatura de corte social; la cual constituiría otra forma de oposición a las actuaciones del régimen, no exenta, como ya he apuntado, de la influencia del discurso dominante y las posiciones clasistas. Este viraje suponía una menor exposición y, por ende, atenuaba las consecuencias de la represión y censura del gobierno, pero persistía en la actitud crítica hacia el régimen; o hacía crítica del régimen aún sin proponérselo, como es, en buena medida, el caso de las dos publicaciones que aquí estudiamos.

En tercera instancia, la estabilidad política y el afianzamiento de Porfirio Díaz y sus partidarios y correligionarios en el gobierno, aunado a la pérdida de poder y de influencia de los dos liberales más destacados –Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias–, se tradujo en la progresiva –aunque sólo provisional– relajación de la competencia partidista, lo que generó un clima de distensión periodística que condujo a fijar el interés en otros aspectos de la vida pública del país y de la ciudad de México. En efecto, ya fuera por la disminución de la contienda facciosa o por el convencimiento o el temor de ciertos periodistas frente a las estrategias gubernamentales, asistimos al surgimiento y consolidación de una prensa que se alinea con el régimen y otra que, pese a alinearse, decide cuestionarlo cambiando de perspectiva y, por ende, busca nuevos temas más allá de los vinculados con las cuestiones políticas –aunque se mantuvieron algunas expresiones del periodismo satírico-político, independientes y contrario a las autoridades, como es el caso de *El Hijo del Ahuizote*.

En ese nuevo contexto, definido por la momentánea disminución, o el disimulo, de la lucha partidista, muchos de los periódicos con caricaturas políticas no tenían ya un objetivo y un fin claros. De repente, quienes durante las dos décadas anteriores habían sabido para qué servía y para qué usaban las caricaturas, la sátira, la ironía y el ridículo –pues entonces combatían desde la oposición y ahora estaban con el gobierno–, perdieron el sentido, dejaron de tener un objetivo claro para saltar a la arena de la vida pública. Íntimamente ligada la prensa satírica con caricatura a las dinámicas de la política nacional, los cambios y reacomodos ocurridos en el espacio público transformaron el carácter y los objetivos de ese género periodístico que, al no funcionar como arma partidaria, adquirió sentido como instrumento de crítica al sistema social.

Encontrar ese nuevo sentido fue, en la década de 1880, la tarea de los periódicos oficiosos que incluían caricaturas. Y aunque parecía difícil, finalmente el objetivo se alcanzaría. Fue precisamente en esta etapa cuando tuvo lugar, desde la sátira visual, la inclusión de una nueva mirada de la realidad. La caricatura de una parte de la prensa capitalina empezó entonces a observar a la sociedad, a ocuparse de los problemas de la vida cotidiana, a darle un espacio a la expresión de las cuestiones sociales que hasta entonces habían permanecido fuera de su órbita. Desde el ámbito del periodismo gráfico, el esfuerzo lo iniciaron *La Época Ilustrada* y *La Patria Ilustrada*, lo continuaron *La Actualidad* y *El Hijo del Ahuizote* (en 1885) y *México Gráfico* (en 1888), cada uno desde su particular posición ideológica.

A diferencia de otros periódicos, la preocupación por el éxito del proyecto de orden, progreso y modernización instrumentado por el Estado dirigió la mirada de semanarios como *La Época Ilustrada* y *La Patria Ilustrada* hacia los asuntos de la vida cotidiana, los sectores populares y la cuestión social. En contra parte, en impresos como *El Hijo del Ahuizote* (1885-1903) el predominio del interés político continuó imponiéndose en la temática de las caricaturas. Se trataba de un semanario satírico con caricaturas políticas de, aparentemente, abierta oposición al régimen encabezado por Díaz, que consiguió subsistir por más de una década en medio del clima de censura y represión

impuesto por el gobierno. En sus caricaturas los temas sociales (la desigualdad, la pobreza, así como la caracterización de tipos sociales) aparecen supeditados a los temas de actualidad política, se representaban constantemente a los principales funcionarios del país, especialmente los ministros y al propio presidente, en situaciones ridículas y comprometidas, señalándolos como los directamente responsables de la situación económica y política imperante en la república.

Si bien es cierto que las filiaciones y compromisos de ambos periódicos, *La Época Ilustrada* y *La Patria Ilustrada*, con el oficialismo los alejaban de la crítica al gobierno, también lo es que ello no significaba que no hicieran caricatura política pues desde sus páginas, y a través de la sátira visual, emprendieron una ardua labor de contrarréplica dirigida a la prensa opositora, a algunos funcionarios y a ciertos ámbitos de gobierno. Atacaban particularmente a periódicos y periodistas de la prensa independiente y de la opositora, tales como *El Hijo del Ahuizote*, *El Monitor Republicano* y *El Tiempo*, entre otros. Aunque no se caricaturizaba al presidente, ocasionalmente se criticaba a funcionarios o representantes, desde secretarios y ministros, senadores y diputados hasta municipales; asimismo, cumplieron con una labor de supervisión frente al desempeño del ayuntamiento y de la policía. Además de la caricatura política, esos periódicos se autodenominaban “ilustrados” porque en sus páginas se incluían otros variados temas gráficos –correspondientes tanto al contexto nacional como internacional– tales como paisajes, monumentos, retratos de personajes públicos e ilustres, modas, reproducción de pinturas, adelantos tecnológicos, entre otros.

No fue pues la falta de temas lo que condujo los intereses de esos periódicos hacia los problemas de la cuestión social. Cumpliendo el papel de defensores del gobierno federal y promotores de la cultura, esa prensa “ilustrada” contaba con temas suficientes para cubrir sus necesidades gráficas. El espacio que abrieron a nuevas propuestas de crítica satírica estuvo relacionado con su estrecha asociación con el oficialismo. Su vinculación con el proyecto gubernamental que propugnaba por la modernización de la ciudad implicaba atender problemas rela-

cionados con la presencia de las clases populares en las calles; en ese contexto, esa mirada incluyente formó parte de una verdadera preocupación desde el poder y desde las elites sociales por un entorno que, en su opinión, afectaba la vida pública colectiva.

El tratamiento de la cuestión social en la caricatura de ambos semanarios carecía de un cuestionamiento profundo y serio respecto a los orígenes y causas que producían problemas como el alcoholismo o la delincuencia. Tampoco se perseguía relacionar el crecimiento de la pobreza y la mendicidad o el descontento del mundo obrero con los agentes económicos que los generaban o con la ausencia de políticas gubernamentales. Se limitaban a mostrar los signos más evidentes, confiando en que el mostrarlos era un camino para corregirlos. En efecto, la presencia de la cuestión social en las caricaturas de *La Época Ilustrada* y *La Patria Ilustrada* no implicaba que en esos periódicos predominara un discurso centrado en preocupaciones ideológicas, políticas y morales enfocadas a lograr el bienestar colectivo, la erradicación de la desigualdad o la defensa de derechos de los trabajadores. No. La caricatura de tipo social era el recurso de acción de una prensa aliada con el poder gubernamental, alineada con el proyecto del Estado y con los intereses de los grupos que detentaban el poder económico. Representaba, en todo momento, una mirada clasista.

La definición misma del público lector perfila claramente la mirada clasista de *La Patria Ilustrada*. Ello lo podemos observar en una litografía de 1887 en la que se representaba a mujeres y hombres, y hasta infantes, con finos atavíos, que en medio de la plaza pública detienen su paso para leer la edición del día. El suyo era un público lector refinado e instruido (véase figura 18).

En el mismo sentido, unos años más adelante, en 1892, dibujaban a hombres de traje formal y elegantes sombreros, señoras bien vestidas y tiestas coronadas por coquetos sombreritos, y hasta algún charro, que constituían el público lector del semanario (véase figura 18). La caricatura de 1892 formaba parte de una serie donde la actitud clasista del periódico era patente en la pretensión de identificar públicos lectores con periódicos.

Así asocian, por ejemplo, a elegantes señores con *El Partido Liberal*, a adustas y mochas mujeres de las clases media



Figura 18. "¡Feliz año!" y "Actualidades. Lectores de La Patria Ilustrada", *La Patria Ilustrada*, México, 3 de enero de 1887 y 8 de agosto de 1892, respectivamente

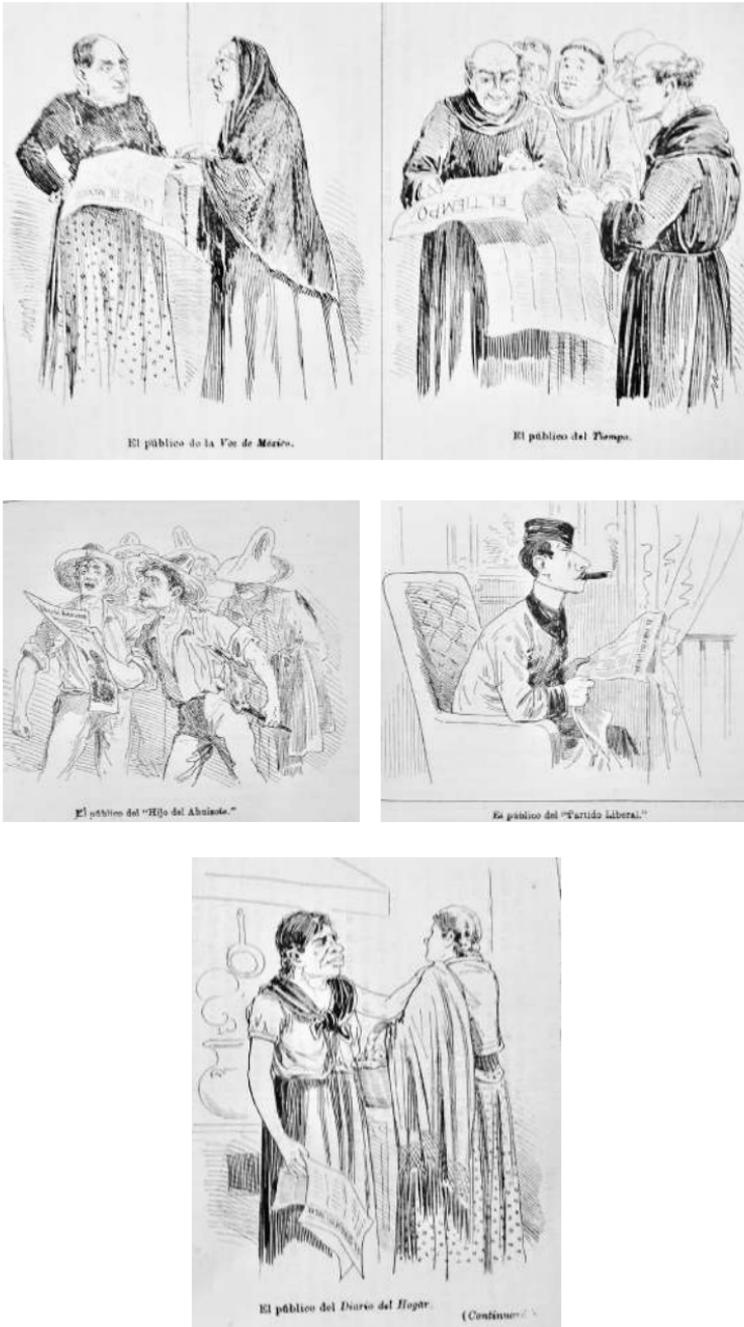


Figura 19. "Actualidades", *La Patria Ilustrada*, México, 11 y 18 de julio de 1892

con *La Voz de México*, a los miembros del clero con *El Tiempo* (véase figura 19). Pero, además de evidenciar las enemistades político-periodísticas, el clasismo más patente y despiadado se exhibe en la representación que se hace de las mujeres de los sectores populares que se asocian con *El Diario del Hogar*, y de los hombres del pueblo con ánimo levantisco que son el público de *El Hijo del Ahuizote*. El desprecio hacia estas dos últimas publicaciones se hace extensiva a sus públicos lectores. ¿O será al revés; que el poco aprecio hacia esos hombres y mujeres que los leían se hacía extensivo a los impresos que consumían?

También *La Época Ilustrada* mostraría su clasismo en la representación de los diferentes sectores de la sociedad mexicana, y lo haría con la caricaturización de diversos temas, entre ellos uno tan simple como el del uso de paraguas en la temporada de lluvias. Las diferencias se notan ya al contraponer a la clase media, como lo son los redactores del periódico *El Monitor Republicano* con una pareja de las clases bajas: los más pobres no tienen ni paraguas para protegerse de la lluvia (véase figura 20).

Pero la representación más brutal del conjunto es la que muestra a un individuo de la clase alta que para evitar mojarse los pantalones con el agua estancada atraviesa la calle montado sobre la espalda de un muy humilde individuo de las clases bajas, quien ofrece su servicio a cambio de unas monedas. De la necesidad de sobrevivir del miserable saca provecho el rico, sería una forma de leerla. Pero también se puede interpretar en sentido contrario, antes que hacerse de un trabajo permanente, el vago prefiere sacar provecho de los remilgos del rico.

Por sus filiaciones y convicciones ambos semanarios estaban impedidos de hacer una crítica que involucrara a los más importantes responsables tanto del origen como de las posibles soluciones de la cuestión social: las y los comerciantes, las propietarias y los propietarios de bienes en la ciudad y el campo, las y los industriales y aún el gobierno mismo. En ese contexto, las clases populares se cuelan en la caricatura y con ellas sus problemas. Su presencia se impone porque sus condiciones de vida contradicen las pretensiones del gobierno y de las elites porfiristas respecto a la modernización y la



Figura 20. "El paraguas", La Época Ilustrada, México, 7 de julio de 1884



Figura 21. "Entre municipales", *La Época Ilustrada*, México, 19 de enero de 1885, y "La depreciación de la plata", *La Patria Ilustrada*, México, 27 de septiembre de 1886

civilidad citadina; se trata pues de males que es necesario ver para empezar a resolver.

#### ASPIRACIONES Y MIEDOS

Los pobres pululaban por las calles, las llenaban con su presencia y, por qué no decirlo, en opinión de las elites, las afeaban y hasta las volvían peligrosas. En efecto, la mendicidad, la venta ambulante y el voceo de impresos, entre otras actividades y sus protagonistas, tornaban intransitables los espacios públicos citadinos, desde las calles hasta las plazas y los atrios de las iglesias. Estaban en todas partes y con su presencia desdecían las aspiraciones de esas mismas elites y de los gobiernos –el municipal, el del Distrito y el nacional– de sentirse y mostrarse como una sociedad moderna que hacía realidad las promesas del progreso económico, científico, tecnológico, cultural, artístico y, por qué no, acorde con los parámetros internacionales de la elegancia, el buen gusto y el refinamiento (véase figura 21). La actitud del munícipe es muy interesante porque si bien entraña una crítica en lo que a la política admi-



Figura 22. "Tipos reales: El ratero", *La Patria Ilustrada*, México, 13 de diciembre de 1886

nistrativa se refiere, es, al mismo tiempo, una declaración del poco interés de las autoridades en las clases populares.

Además de contradecir las aspiraciones de progreso y modernidad, las y los pobres despertaban los miedos de las clases media, acomodada y alta: su presencia les intimidaba pues temían que les asaltaran y robaran. En consonancia con esas prevenciones, o quizá provocando esos recelos, a lo largo de los años ambos semanarios ilustrados señalaron y acusaron a las y los pobres y a las menesterosas y los menesterosos de estar íntimamente asociados al delito de hurto (véase figura 22). Por supuesto, los personajes más señalados como perpetradores eran los hombres de edad media, pero también lo eran los adolescentes cuya inocencia volvía más vulnerables a las víctimas que no solían desconfiar de ellos. Sin embargo, aunque raros, también encontramos casos en los que las personas señaladas son mujeres de edad avanzada.

Las y los integrantes de los sectores populares vestían harapos, su aspecto era generalmente sucio y descuidado, además de que tenían propensión a los vicios como el alcohol y el tabaco, entre otros. Careciendo de los medios económicos para satisfacerlos no les importaba adoptar actitudes cercanas a la mendicidad. Así, como parte de una serie de caricaturas sobre “El Tabaco”, dibujadas por Villasana, es posible observar a distinguidos señores con gabardina, sombrero, bastón y puro, así como a un gringo, todos ellos fumando puros, mientras en el cuadro de la página siguiente se ve a un hombre, una mujer (del servicio doméstico) y a un muchacho de los sectores populares recogiendo las colillas del suelo. Todo ello acompañado de la leyenda: “Que no haya desperdicio / Y que vuelvan las viejas al servicio” (véase figura 23). La representación formada por texto e imagen parece casi inocente pero es brutal. El clasismo muestra uno de sus peores rostros, ese marcado por una especie de condescendencia hacia la pobreza a la que acusa de falta de dignidad y, por qué no, de elegancia, esa que sí posee la gente de bien. De nuevo, se expone la situación, pero no hay comprensión ni de los motivos que ocasionan las desiguales posiciones sociales y económicas, ni de los significados de la marginalidad. Ni mucho menos de las responsabilidades de quienes dirigen el país.



Figura 23. “El Tabaco”, *La Época Ilustrada*, México, 10 de diciembre de 1883

De acuerdo con lo que mostraban las caricaturas, durante las celebraciones públicas, en las zonas donde imperaban las clases populares había perturbaciones al orden, escándalos, borracheras, riñas (véase figura 24). Esa gente carecía de educación, de buen gusto, de civilidad, constituían la negación de la modernización, del progreso que reinaba entre las clases altas. El contraste entre las representaciones que de unos y otros sectores se hacía lo expresa de forma clara. Su presencia inquietaba y hasta atemorizaba a la “gente de bien”, volvía las calles peligrosas.

Las clases populares se hacían evidentes también en los asuntos de la vida política, a veces para reclamar, en ocasiones para apoyar. En efecto, la presencia callejera de las clases trabajadoras sería valorada y resaltada como positiva siempre que obrara en función de los intereses del gobierno y sería repudiada cuando estaban ahí para denunciar o exigir. Cuando quienes integraban los sectores populares se hacían presentes para manifestarse desde una posición francamente contraria, o al menos diferente de los intereses gubernamentales, el descrédito era la respuesta. Así, en alusión a las expresiones populares de inconformidad por el reconocimiento de la deuda inglesa que tuvieron lugar en 1884, *La Época Ilustrada* dibujaba a una masa indefinida, excitada y violenta, en la que era imposible establecer actividades u oficios; se trataba entonces de seres incapaces, fácilmente manipulables, que no perseguían ningún fin meritorio. Ninguna causa auténtica, ningún recla-

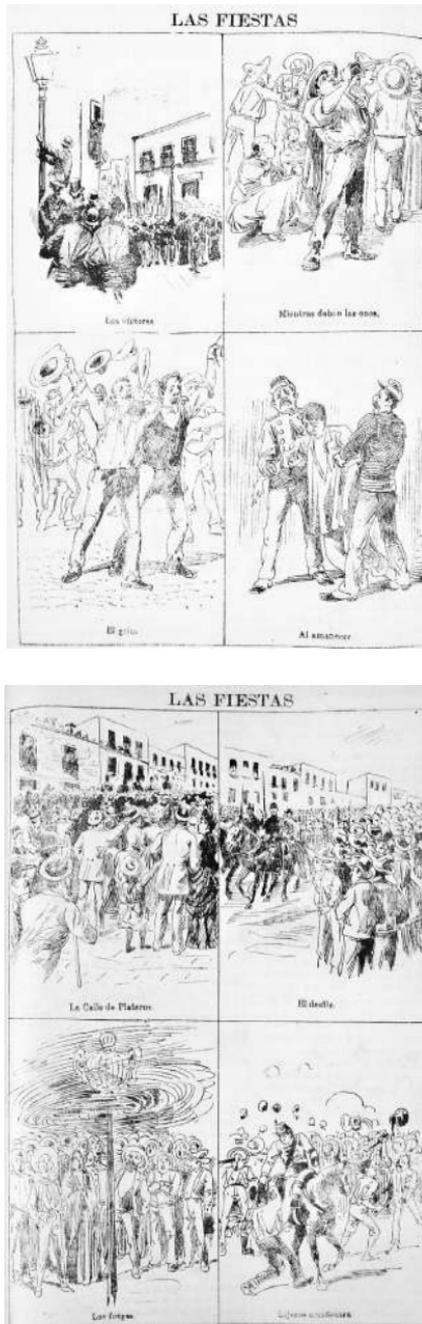


Figura 24. "Las fiestas", *La Patria Ilustrada*, México, 17 de septiembre de 1894

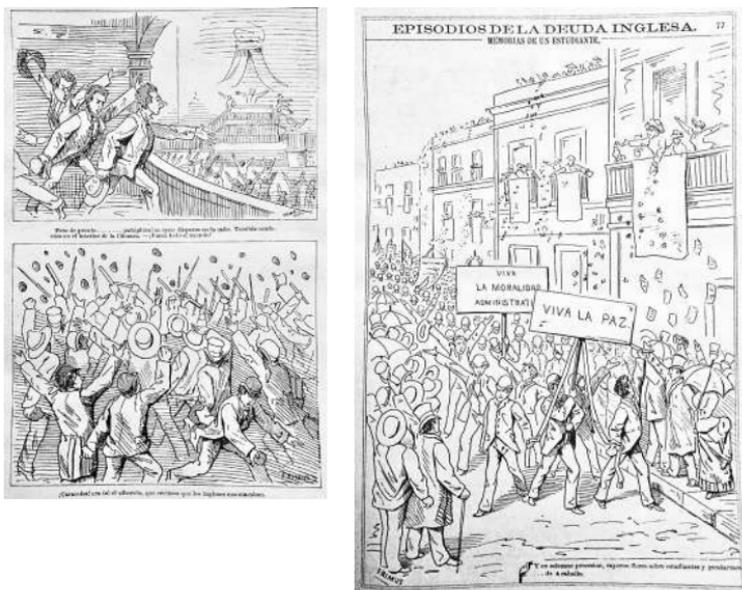


Figura 25. “Episodios de la deuda inglesa. Memorias de un estudiante”, *La Época Ilustrada*, México, 1 de diciembre de 1884

mo legítimo se les reconocía. En tanto la turba enardecida actúa salvajemente, la posibilidad de aprobar su pago se discute civilizadamente en el Congreso (véase figura 25).

En contraparte, el apoyo al gobierno viene de una sociedad compuesta de diferentes grupos sociales pero que se reúnen de forma organizada para marchar por las calles y su paso es acompañado de una especie de fiesta colectiva en la que reina el buen ánimo y el contento, sus expresiones políticas y sus manifestaciones de adhesión son pintadas como un reconocimiento a su actitud (véase figura 25). Así también sucedería más adelante, en 1892, año particularmente ilustrativo de la presencia de los sectores populares en las calles. Para restar fuerza e importancia al movimiento antirreeleccionista en contra de Porfirio Díaz, en las imágenes se destacó la participación de artesanos y obreros, la gente útil del pueblo, en las manifestaciones públicas para demandar la continuidad del General en la presidencia.<sup>16</sup> Nutridos contingentes de obreros y artesanos, limpios, bien vestidos, entusiastas, portando los estandartes

de sus gremios o asociaciones, eran dibujados desfilando por las calles para manifestar su solidaridad con el gobierno. Mujeres y hombres de la clase alta observan en las banquetas y aplauden tal despliegue.

Mientras esos sucesos tienen lugar en las calles, en los salones de Palacio Nacional o en otros espacios adecuados para la situación, el presidente departía con quienes lo apoyaban, generalmente nutridos grupos de hombres que por el aspecto de sus ropas desdicen su origen trabajador pues casi siempre van vestidos de elegantes trajes, difícilmente son ellos quienes han desfilado por las calles. También eran esos individuos de las elites, “los capitalistas”, quienes tenían el privilegio de agasajar al mandatario y departir con él en banquetes y otras celebraciones privadas. Claro, los trabajadores lucen en las calles pero deslucen en los salones. Los que se manifiestan, si bien pueden estar correctamente vestidos y pulcros, llevan ropas que denotan su pertenencia a las clases populares. Quienes están en los salones, en cambio, visten elegantemente (véase figura 26).

También es necesario dibujar las muestras de apoyo para desmentir a quienes ponían en duda la popularidad del General, y para desacreditar a quienes cuestionaban el éxito y espontaneidad de tales manifestaciones, por ello se exhibía a los miembros –las mujeres difícilmente formaban parte de esas actividades, salvo como espectadoras– del mundo trabajador participando en desfiles organizados para felicitar al presidente por sus hazañas gloriosas como aquella del 2 de abril, para solicitarle que aceptara una nueva candidatura o para proclamarlo como primer magistrado tras las elecciones. En el discurso elaborado por esas caricaturas los artesanos y obreros se manifestaban espontáneamente, formaban parte de la ruta del progreso, eran seres valiosos con ideas propias y fines elevados.

En el mismo sentido, las manifestaciones del “partido de la oposición”, en lugar de estar conformadas por clases “útiles”, se transformaban en una especie de tumultos desorganizados en la que cada hombre tiraba para un lado diferente; encabezados por la gente más ruda del pueblo y bajo una bandera que amenazaba con destruirlo todo: “Nihil”. Además, no se mani-



Figura 26. "El gran banquete", *La Patria Ilustrada*, México, 28 de mayo de 1888 y 13 de abril de 1896

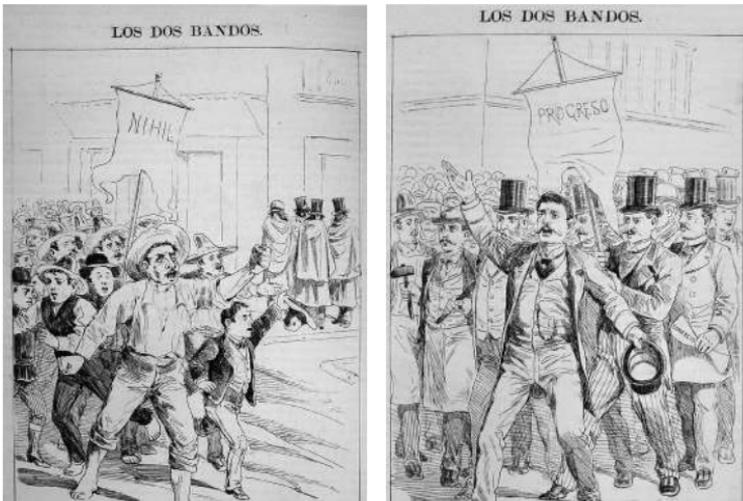


Figura 27. “Los dos bandos”, *La Patria Ilustrada*, México, 4 de julio de 1892

festaban de forma espontánea, sino azuzados y dirigidos por los intereses de un grupo de revoltosos embozados que, desde las sombras y enmascarados, para proteger su identidad, lanzaban a la gente contra el gobierno. Por el otro lado, “el partido del gobierno” se manifestaba bajo la bandera del “progreso”, conformado por hombres de bien, miembros de las clases trabajadoras, de la industria y del comercio, que sólo perseguían construir el bienestar y la prosperidad del país (véase figura 27).

Cuando los sectores populares protestaban o se manifestaban desde la oposición las imágenes los presentaban como turbas destructoras, nihilistas, que alteraban el orden y atentaban contra las pretensiones de progreso. En los hechos evidenciaban las carencias de una ciudad que se pretendía moderna. Sus manifestaciones podrían carecer de razones y de sentido para las cúpulas de poder y las elites, pero estaban ahí, estaban tomando las calles y estaban invadiendo las caricaturas.

#### NO SOMOS IGUALES

Que en el tren existieran vagones de primera y segunda clase y de clase especial era algo absolutamente natural, refería a las



Figura 28. "Cómo se viaja en el ferrocarril del Distrito", *La Patria Ilustrada*, México, 24 de mayo de 1886

posibilidades económicas de quienes viajaban en ellos, pero también, claro está, establecía diferencias, evidenciaba la profunda desigualdad entre los sectores que conformaban la sociedad. En los carros “especiales” viajaban muy pocos pasajeros, gente fina, elegantemente ataviada, para ellos y ellas se trataba de un paseo cómodo y agradable. En “primera” se viajaba con un poco menos de espacio, las clases medias, correctamente vestidas observaban buenos modales y conducta, los caballeros cedían los asientos a las damas y departían entre sí cortésmente, se imponía el orden. En “segunda clase”, en cambio, viajaban hacinados los sectores populares, la gente del pueblo, personas que transportaban sus mercancías o las compras, llevaban bultos y aves de corral, se apretujaban sin orden ni educación; hombres, mujeres, infantes y animales se mezclaban entre sí, el olor era desagradable e imperaba el caos. Ahí nadie estaba a gusto, nadie disfrutaba el trayecto (véase figura 28).

Las mismas condiciones de desigualdad se repetirían en los espectáculos, los salones de fiestas, en los teatros y en las plazas de toros, donde la entrada se reservaba exclusivamente para lo más selecto de la sociedad, mientras la gente común se quedaba afuera con la única posibilidad de tratar de escuchar desde atrás de las bardas u observar por los agujeros (véase figura 29). En amplios sectores sociales, la diferencia se asumía y no se cuestionaba su existencia, ni las causas que originaban la desigualdad, ni la pobreza inherente a ella. Aparentemente, los orígenes de tales hechos no se buscaban, no preocupaban, pero su existencia subyacía en el discurso.

Las y los integrantes de los sectores populares que circulaban por las calles iban mal vestidos, medio andrajosos y, muchas veces, descalzos. En las caricaturas no se reflexionaba respecto de los salarios y el poder adquisitivo o sobre las posibilidades de acceso a la educación como alternativa para modificar hábitos y conductas. La pobreza y la desigualdad simplemente existían y pocas personas se preguntaban cuáles eran las causas que las generaban ni cómo afectaba las relaciones entre clases. Pocas se preguntaban de dónde habían salido todos esos pobres. Y cuando llegaba a plantearse

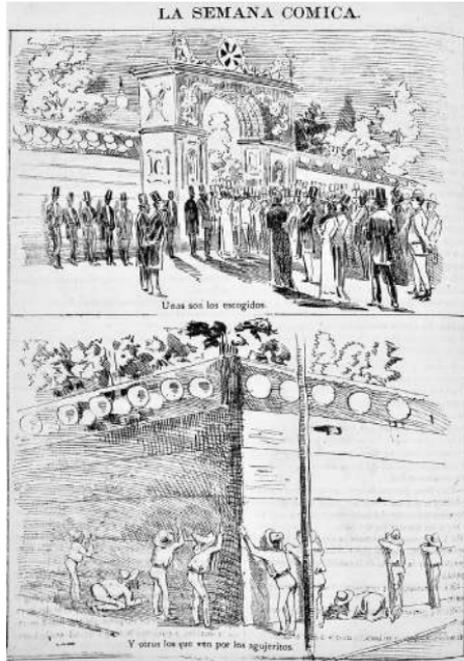


Figura 29. "Asuntos del salón" y "La semana cómica", *La Patria Ilustrada*, México, 9 de noviembre de 1885 y 6 de noviembre de 1893, respectivamente

el cuestionamiento la respuesta moral se imponía: era la naturaleza de sus miembros la que hacía a las clases populares proclives a la vagancia, el desaseo, la falta de responsabilidad, el alcoholismo, el desinterés por el trabajo. Los trazos de las caricaturas evidenciaban las profundas diferencias sociales, pero las asumían como connaturales al orden social imperante. Es preciso tener en cuenta que las –porque quizá las había– y los caricaturistas acordaban, cuando no recibían del director o la directora del periódico o del caricaturista titular, la línea sobre la que había que desarrollar la sátira visual. Sin embargo, al mostrar lo negativo, al poner de manifiesto todo lo malo e incorrecto, implícitamente se asumía la existencia de ciertos factores que habían provocado los problemas y también se hacía evidente la necesidad de encontrar alternativas para modificar la situación. Con esa caricatura social –pero con una innegable carga política– mesurada y oficialista empezaban, sin embargo, a expresarse y a asociarse las relaciones entre pobreza y necesidad, carencia y falta de alternativas para resolverlas.

Diremos que era raro, en realidad excepcional, que las caricaturas aludieran a la relación entre capital y explotación de mano de obra, a las condiciones laborales presentes en las fábricas capitalinas, ni mucho menos a la escasez de trabajo o a la injerencia y competencia gubernamental para modificar las condiciones de vida de las clases populares. Esos temas sólo empezaban a aparecer en la primera década del siglo XX cuando el descontento por los abusos se harían patentes como en la denuncia efectuada desde las páginas de *San Lunes*, cuyo análisis efectuamos en el capítulo tercero y al cual remitimos (véase figura 7). No aparecen en estos semanarios pues este enfoque sólo cobraría importancia más tarde, a comienzos de la siguiente centuria en la prensa crítica y en la opositora. Tampoco se reflexionaba sobre la forma en que las diferencias y la desigualdad social podía alimentar el resentimiento de clase, pero lo que sí se mostraba era cómo la ignorancia, la miseria, la falta de higiene y la consecuente proliferación de plagas y epidemias, la venta ambulante y los puestos de comida callejeros contravenían los ideales del régimen, retrasando la transformación a un México moderno y cosmopolita.

Es evidente que no era la finalidad de quienes hacían las caricaturas, ni de los impresos en sí, llamar la atención respecto de la desigualdad social ahondando en sus causas y buscando alternativas de solución, pero lo cierto es que la presencia cotidiana de esa situación se colaba repetidamente en las imágenes, señalando la desigualdad como foco de alarma. En tal sentido, la caricatura de corte social también puede ser interpretada como una forma de aprehender la ciudad, de construir imaginarios urbanos y de convertirse en un espacio de “intermediación cultural” y de progresiva concientización social. En efecto, como sostiene Silvy Saítta en su artículo “Ciudades escritas: mapas urbanos en la literatura y el periodismo”, hay que tener presente que “las notas sobre la vida de los pobres y marginales [...] dan cuenta de zonas de la ciudad que se suponen desconocidas para el lector”. De esta forma, “pone en comunicación culturas, prácticas y discursos provenientes de espacios de circulación diferenciados, convirtiéndose en un importante espacio de intermediación cultural”. La caricatura social brinda la posibilidad de graficar y dar a conocer otras realidades de vida, por ende, ofrece a quien las mira elementos para reflexionar sobre una situación en gran medida ajena a sus circunstancias.

#### EL PAPEL DEL AYUNTAMIENTO

Como ya he apuntado, desde las limitaciones que impedían a los semanarios identificar o reconocer la responsabilidad de las autoridades gubernamentales en las consecuencias sociales del avance de la industrialización y la urbanización, lo que sí asomaba en las caricaturas era una crítica dirigida a algunas y algunos responsables en relación más directa con los problemas y la forma en que ellos afectaban. Dos referentes, involucrados en diferentes grados y formas con los sectores populares, serían descubiertos y denunciados: el ayuntamiento y los especuladores. No podemos dejar de observar que el hecho de ser publicaciones oficialistas obligaba a quienes los editaban a mantener una especie de protección hacia las autoridades nacionales y hacia su responsabilidad con la cuestión

social, por lo tanto, la crítica se enfocaba en los representantes y funcionarios locales.

El municipio era responsable de la apariencia, estado y uso de las vías y sitios públicos de la ciudad. A él le correspondía todo lo relacionado con la higiene, la limpieza, la tranquilidad, la atención de la mendicidad, el control de la venta ambulante y demás temas ligados al ordenamiento y al aspecto de las calles. Las referencias al municipio y su responsabilidad en torno a la higiene se hacían evidente en *La Época Ilustrada*, en una serie de imágenes trazadas por José María Villasana en las que se va relacionando a diferentes protagonistas sociales con su participación en la generación y control de epidemias. En uno de los cuadros se exhibe a los miembros del ayuntamiento sentados dormitando, en completa pasividad ante el problema que representaba el tifo para la ciudad, una enfermedad que cada tanto cundía entre la población, mermándola; mientras los hombres de ciencia, los facultativos, mirando crecer el hongo de los microbios intentan buscar explicaciones y soluciones a la crisis; por su parte, políticos, comerciantes y miembros de las clases media y alta esperan el tren para salir huyendo de la ciudad; finalmente, quienes integran los sectores populares, representados aquí en una mujer vestida con harapos que, actuando con total inconsciencia, contribuye a agudizar el problema tirando a la calle aguas sucias, contaminando las vialidades con los desperdicios cotidianos (véase figura 30). Así es, las críticas de corte político más comunes se dirigirían a los representantes y funcionarios de la municipalidad, pero, según la sátira visual, eran las clases más pobres, carentes de buenos hábitos higiénicos, las verdaderas culpables.

La cercanía con el oficialismo impedía una crítica descarnada, pero no evitaba que se cuestionara la capacidad del ayuntamiento para controlar y erradicar la mendicidad y la venta ambulante de las calles de la ciudad; ambas eran consideradas graves problemas sociales, eran vistas como un freno al desarrollo y al progreso, a las aspiraciones de orden y de modernización. El gobierno de la ciudad, directamente responsable del aspecto urbano, tanto material como social, resultaba incapaz de dar soluciones.



Figura 30. "Preparativos contra la epidemia", *La Época Ilustrada*, México, 28 de julio de 1884



Figura 31. “Mejoras materiales”, *La Patria Ilustrada*, México, 10 de febrero de 1890

También *La Patria Ilustrada* efectuaría su propia crítica al ayuntamiento como responsable del estado material de las vialidades y de los espacios y sitios públicos. Así, del deterioro de calles y banquetas era culpable el municipio; también aquí el abandono y falta de atención estaba relacionado con las desigualdades de clase. Las “calles céntricas” lucían descuidadas y con basura, pero el problema se agravaba conforme las calles se volvían menos céntricas, hasta llegar al caos total en aquellas más retiradas, las calles periféricas de zonas marginales, en las que la circulación de carros y personas resultaba imposible (véase figura 31).

#### MIRADAS CRUZADAS

Dos miradas se cruzan en la caricatura respecto de las formas en que se enfrentaban y se buscaban soluciones a los problemas de la cuestión social. Una era la que provenía de los gobiernos y las elites, en la línea del pensamiento conservador católico, que pretendían poner freno al tema de la pobreza



Figura 32. "Refranes animados. A buena hambre no hay pan duro",  
*La Patria Ilustrada*, México, 11 de mayo de 1885

mediante la implementación de estrategias de beneficencia y caridad (véase figuras 14 y 32). La otra surgía de las y los integrantes de las clases populares y estaba relacionada con las pretensiones de justicia e igualdad social, basadas en las ideas socialistas y anarquistas difundidas entre los núcleos artesanal y obrero. Unos y otros serían criticados a través de las caricaturas.

Pese a la postura oficialista de *La Patria Ilustrada*, emergería el cuestionamiento a las principales estrategias instrumentadas para atender el asunto de la cuestión social. La crítica se dirigiría contra la idea de la caridad como solución, tanto a la practicada por el Estado como a la privada. Sin duda, el hambre de hombres y mujeres que carecían de trabajo, y de posibilidades de encontrarlo en razón de su edad y sus condiciones físicas –muchos eran viejos soldados lisiados o ancianas de avanzada edad–, no se erradicaría gracias a una “tesorería” que pretendía aliviar el mal regateando miserables mendrugos de pan duro a cientos de pobres que se amontonaban en su umbral, muchos sosteniéndose en bastones o muletas, por la falta de brazos o piernas, mientras intentaba mantenerlos a raya colocando largas y filosas puntas metálicas en las puertas (véase figura 32).

Aunque fuera de manera velada el cuestionamiento a las autoridades se deja sentir, se critica su incapacidad para atender y resolver asuntos como los del desempleo, que a su vez repercutía en el incremento de la mendicidad, sumando así un problema a otro. Es posible observar también el llamado de atención para que el gobierno asumiera responsabilidades y jugara otro papel en la solución de los problemas sociales, para que garantizara otro tipo de política asistencial y de protección.

También sería criticada la proliferación de ideologías contestatarias entre quienes conformaban las clases populares, pues se consideraba que alentaban la confrontación y la lucha de clases; en especial las del anarquismo que atentaba contra el orden imperante. Así, la circulación y asimilación de ideologías provenientes de Europa, por parte de integrantes de aquellos sectores resultaba preocupante para las elites. La

gente “educada” consideraba que las obreras y los obreros, las artesanas y los artesanos o las vendedoras y los vendedores ambulantes eran incapaces de comprender a cabalidad las ideas libertarias. La mirada clasista que asomaba desde la caricatura, la mirada de quien se asumía superior y se mofaba ante la supuesta ignorancia de la gente que no alcanzaba a comprender la profundidad de las ideas que asumía sin entender, no ocultaba, sin embargo, la sombra del miedo ante la proliferación del pensamiento anarquista entre la gente trabajadora o la francamente pobre. Y sí, en cambio, evidenciaba el hecho de que esas ideas peligrosas y radicales habían sido asimiladas por las clases populares.

El transcurso de los años poco modificaría la mirada de impresos como *La Patria Ilustrada*, la cual continuó estando marcada por el clasismo hacia los sectores populares y las clases bajas en general. De la comprensión y puesta en práctica del precepto anarquista de justicia como facultad del individuo haría mofa en una caricatura compuesta por cuatro imágenes –de las cuales presentamos dos. En ellas vemos a hombres y mujeres trabajadoras –pues tienen recursos para vestir y calzar y hasta pagarse una entrada a los toros– aplicar esos principios a situaciones de la vida cotidiana. Así, ante la puerta de una casa de empeño un hombre profiere amenazas tales como “Se cogieron mi prenda... ¡judíos! ¡judíos!... algún día me las pagarán”; en la tocinería, una mujer protestaría “Ladrones! Ya subieron otro centavo a la carne y la manteca... ¡ardieran todas las tocinerías!” Y en la plaza de toros un integrante del público grita: “¡No son toros, son bueyes!... ¡es un engaño al público!... ¡muera el empresario!” Y la burla final y más evidente radicaba en la asociación directa entre religión y anarquismo, así un hombre –con cabeza de burro y portando un estandarte con una cruz– arenga: “Conmigo católicos!!! ¡Guerra a lo establecido!” (véase figura 33).

Los prejuicios de clase afloran y determinan la crítica, patente en el desprecio ante la supuesta ignorancia de las y los pobres y sus absurdas manifestaciones de descontento. Lo cierto es que la burla trasluce, pese a sus propios objetivos, la

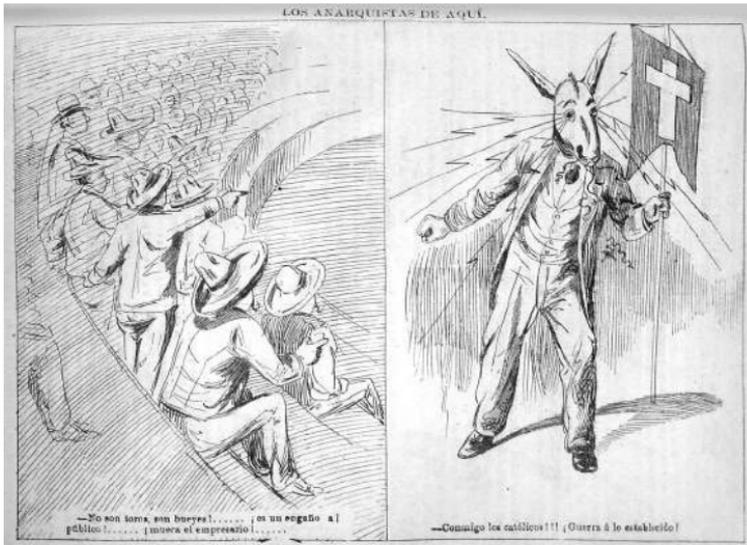
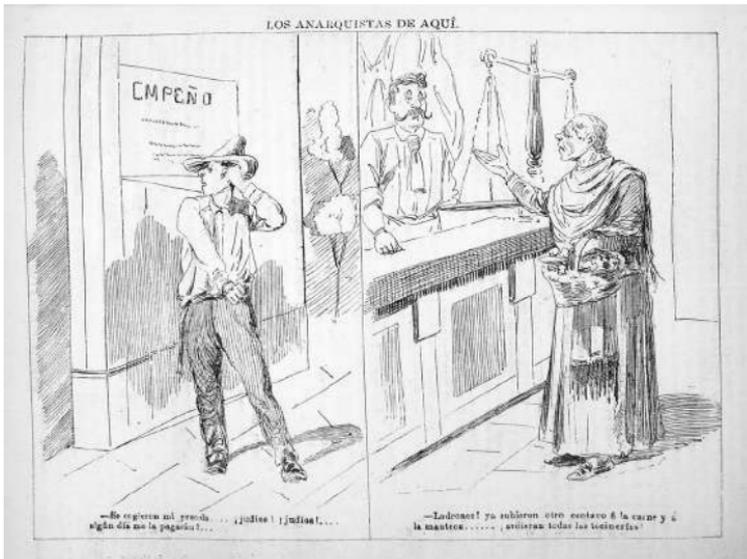


Figura 33. "Los anarquistas de aquí", *La Patria Ilustrada*, México, 20 de agosto de 1894

presencia de una creciente desigualdad social y un principio de descontento entre las clases populares.

#### LOS POBRES TIENEN LA CULPA

Después de varias décadas en las que el interés público estuvo centrado en asuntos relacionados con el acceso al poder, la cuestión electoral y el control político, finalmente el dominio del partido porfirista, la consolidación del ascendente personal de Porfirio Díaz sobre el Estado, la necesidad de estabilidad y crecimiento por parte del sector económico, la demanda de la sociedad mexicana de tranquilidad y seguridad, aunado a los consensos generados en torno a la figura del militar en amplias capas de la población, fueron todos factores que se conjugaron para brindar el espacio para que otras preocupaciones, tales como el avance de la industrialización y la urbanización, adquirieran relevancia en el periodismo con caricaturas.

Como se ha señalado, los problemas sociales importaban a cierto periodismo como el realizado por *La Época Ilustrada* y *La Patria Ilustrada*, y a su correspondiente expresión visual, porque entorpecía el desarrollo proyectado por las autoridades gubernamentales; su existencia misma contradecía las aspiraciones modernizadoras. El tratamiento de la cuestión social estuvo limitado por la postura oficialista que asumían y por la mirada clasista desde la que la enfocaban. En este sentido, la responsabilidad respecto de las condiciones imperantes en su entorno, como el alcoholismo y la falta de higiene, la ignorancia y aún la pobreza en que vivían, eran achacadas por quienes elaboraban las imágenes y los textos satíricos a las y los integrantes de los sectores populares. ¿Hasta dónde esa postura era la expresión de una auténtica convicción? Es difícil saberlo, pero parece genuina. Sin duda podían darse cuenta que en aquello de la desigualdad social mucho tenían que ver el mundo del capital y las autoridades, pero también había convencimiento que una parte era causada por quienes la padecían. Es cierto, existía una preocupación patente en las publicaciones de la época, pero también una especie de

fatalismo provocado por la convicción de que el problema era irresoluble dado que “La miseria proviene de mal gobierno. [pero] El mal gobierno proviene de la miseria”, como sentenciaba Juvenal (Enrique Chavarri) en *El Monitor Republicano*, el 24 de febrero de 1871. Sin embargo, todo ello no impidió que en las imágenes satíricas se hicieran patentes algunos asomos de crítica.

La atención que el tema de la cuestión social fue adquiriendo en la caricatura política trasluce la importancia que esas preocupaciones habían ganado en el desarrollo de la vida pública. Preocupaciones que estaban presentes en la prensa escrita desde hacía al menos una década y cuyo tratamiento pone de manifiesto los cambios experimentados en la dinámica de la vida citadina. La inclusión de esos males sociales en la sátira visual, además de que exhiben su centralidad, muestran los cambios operados en el paisaje urbano y, al mismo tiempo, contribuye a hacerlos visibles para la población. El clasismo, presente de antaño aunque no fuera así llamado, empezaría a surgir como categoría para definir la forma de relación social que califica.